

Flores Nicaragüenses para una Tumba Guatemalteca

MANUEL CORONEL MATUS

I

Tres años hace el 10. de Octubre de 1885, que la mano inexorable de la muerte quebró con un solo golpe una pluma de escritor, un lápiz de periodista, un pincel de pintor de costumbres, una zumba de festivo decidor, un punto de satírico, una lima de crítico, un caleidoscopio de novelista, un cincel y un buril de historiador y una lira de poeta. Todos estos valiosos instrumentos eran de primera clase, así por su esmerada construcción como por su material escojidísimo y estaban montados en el oro de más quilates de nuestras minas cuasi inexploradas; en fin, ya los tenía vivamente brillantados la fama. Perteneían todos a un solo afortunado dueño, diestro manejador de todos ellos, Salomé Jil.

II

Con el osado pensamiento que donde quiera llega, he penetrado al alba del 10. de Octubre próximo en el Cementerio General de Guatemala, solemne palacio que habitan los que murieron.

La bella Metrópoli Centroamericana empieza a desceñirse el blanquísimo ropaje de las nieblas, cual una hermosa que despierta y descorre suavemente las aromadas sábanas de su voluptuoso lecho.

El viento fresco de la hora cargado de los perfumes que se forman de las divinales caricias que han cambiado durante la callada noche las flores con las flores en el suelo y las estrellas con las estrellas en la maravillosa bóveda, y enriqueciendo con la abundante vida que se desprende inagotable en aquellos sublimes instantes del renacimiento de la luz, ha llegado a dilatar mi pecho para sostenerlo en fortísima emoción melancólica que embarga el alma contempladora de aquel sitio de misterios, de pesares, de recuerdos, de dudas, de temores, de esperanzas y de hondas reflexiones.

Ya se divisan en el Oriente las rosadas

mejillas de la hermosísima aurora, eterna mensajera del incansable y espléndido sol de la región tórrida.

La lánguida claridad de la primer mirada de esta encantadora virgen ilumina vagamente el extenso campo del Cementerio.

He ahí que un grupo vaporoso acaba de franquear la puerta. ¡Mirad! Es un acompañamiento de regocijo. Vienen allí demostrando alegría nueve graciosas jóvenes cubiertas ligeramente con vestiduras blancas y relucientes, dejando comprender las correctas formas de la belleza típica; y coronadas las frentes con lauros de oro y brillantes. Conducen gozosas una artística Corona Fúnebre de exquisito gusto.

Vedlas, no se han detenido delante de este rico mausoleo que sin duda pertenece a personas de cuantiosa hacienda, ni delante de ese de no menos valor y que segurante es de un individuo que fincaba su orgullo en la vaná nobleza de la estirpe, ni delante de aquel cuyos trofeos marciales indican que allí duerme sempiterno sueño algún valiente Capitán, ni delante de aquel otro cuya suntuosa portada ostenta la mitra, distintivo del soberbio Obispo. ¡Ah! Ved dónde se detienen, delante de un pobre túmulo de piedra y cal.

Acercaos y leed la modesta inscripción hecha con simple tinta negra: Dice: "JOSE MILLA Y VIDAURRE".

III

Cantan, oíd esas voces armoniosas:

"¡Oh tú, hijo nuestro bien amado, cuyo polvo cinerario contiene este humilde sarcófago, tú cuyo espíritu inmortal mora hace tres años entre los más escogidos del feliz Eliseo; regocíjate, porque la indiferencia de tus paisanos para contigo se ha disipado; esa negra nube que se sienta casi siempre sobre el sepulcro del genio, pero que siempre la

destruirá el brillo intenso del mérito triunfador.

"Viviste en la tierra con nuestro solícito amparo y hoy que pasas las interminables horas en el mundo esplendoroso de la inmortalidad, alegrámonos y tu victoria celebramos complacidas. A estas regiones gloriosas sólo se llega a perennidad cuando nosotros dispensamos nuestros dones benéficos a mortales favorecidos del Padre Apolo, como tú. Únicamente la madre Minerva puede tener hijos tan nobles en estos espacios de honor consagrados al talento y la virtud unidos.

"¡Hijo dichoso! Hemos querido traerte nosotras mismas el primer tributo a tu memoria preclara del aprecio y admiración de tus conciudadanos.

"De hoy más tu famoso nombre lucirá como lustre y gloria de Guatemala y la América Central.

"Aquí dejamos sobre tu losa funeraria esta linda guirnalda tejida con amor por los Guatemaltecos, la que hará distinguir tu modesto sepulcro entre todos estos innumerables como preciados monumentos fúnebres, dándole más valor con sus gayas aromosas flores a todos ellos el bronce, púrpura y mármol.

"Regocíjate, sí, favorito de nuestras gracias. Ahora se coronan tus sienes con los laureles merecidos, y mañana se erguirá tu estatua, serena y risueña bajo el cielo encantador de la bella ondina del pintoresco Valle de la Hermita, que te vió vivir. Y ella será el honor de la patria, el orgullo de la ciudad, la recompensa del mérito, la muestra de adelanto, el ejemplo y el estímulo de la juventud, el testigo de la posteridad, porque tu nombre, José Milla, es todo eso en este privilegiado Centro del Nuevo Mundo".

IV

¿Y quién es ese hijo de mortal tan predilecto de las hijas de inmortales? ¿Quién es ese CHAPIN que así se ve agasajado por el cariño de las impalpables vírgenes griegas, engendro celestial del Olímpico Eterno, perdurable semidiosas de la divina inspiración, que en la Última Mitología se denominan: Inteligencia, Ciencia, Arte, Virtud, Enseñanza, Ilustración, Asociación, Academia y Escuela, las nueve poderosas musas de la moderna humanidad?

¿Quién es, pues, José Milla?

Anagramatizad su nombre y los sabréis:
SALOME JIL.

¿A qué decir más? Todos le conocen. Es el escritor, el periodista, el crítico, el satírico, el novelista, el historiador y el poeta, desaparecido de la existencia mortal el 10. de Octubre de 1882.

Si poeta, de buen gusto; si escritor, el hablista puro, el fácil y ameno; si periodista, ilustrado y sensato; si crítico, el acertado y fino pulidor; si satírico, el alegre y saleroso, vivaracho y juguetón; si novelista, el estimable padre de la novela centroamericana; si historiador, verídico, imparcial y justiciero.

Reidor inolvidable, se rió el graciosísimo a carcajadas llenas con la irresistible aguda carcajada que dura en los labios y dura en los años, labios del tiempo.

Y fue llamado cuando corrían sus terrenos días el incomparable y el inimitable.

Y conquistó la exterior reputación.

Y era aclamado por sus contemporáneos como el Príncipe de los ingenios centroamericanos.

Y pasarán muchos años y será él todavía presidente honorario electo por unanimidad espontánea en nuestra pequeña república literaria, que en las quiebras de los Andes y en el hueco de los Océanos, entre los brillantes de Colombia y de México, grande la formarán un día las secretas y sublimes abejas de la Literatura Americana, que exuberantemente destilan la celeste miel hiblea de la Poesía; aquí en presencia de este espectáculo hermoso sin segundo de la joven naturaleza del continente nuestro con que tropezó Colón a la incierta luz de la alborada.

V

—¿Y puesto me he allegado reverente, pero trémulo a vuestra sepultura, laureado literato. ¿Sabéis acaso quién soy?

—No te he visto nunca, bien intencionado joven, no oí jamás tu nombre, dímelo.

¡Ah ! Tenéis razón de sobra, ilustre, porque a mí nadie me conoce, no tengo nombre yo. Joven GUANACO venido de las tierras de donde llegó el Segoviano de vuestros cuentos, trajéronme a vuestra tierra las aspiraciones al saber honroso, y voy corriendo la vida en lucha desigual, por la parte mía, con dos enemigas encarnizadas, la pobreza y la obscuridad.

—Animo, estudiante imberbe, esa es una preparación fortalecedora necesaria por regla general a los que aspiran a venir al tem-

plo sagrado de la fama. Es atravesando el desierto, entre rigores, hambre, sed y desdenes que se da al fin con la fuentecilla mágica donde se bautizan los devotos. De allí sacan sus nombres que legan a los pueblos, los pueblos a las Naciones, las Naciones a los siglos, los siglos a la eternidad. Esta cadena cuya masa luminosa es la verdad, tiene por anillos diamantinos contemplaciones, meditaciones, doctrinas, revelaciones, poemas, cantos, descubrimientos, invenciones, construcciones . y es, hijo mío, para decirlo brevemente, la perfeccionable y progresiva Civilización. Mira, yo he ganado la otra orilla más cercana de la luz por el mismo sendero que recorren casi todos con fatigas, privaciones y desprecios. Oyelo bien, niño: vencer a tu primera enemiga es imposible cuasi, pues desde que mató de miserias a Homero se anda contra nosotros implacable; a la segunda no tanto cuando se tiene fervor en la Divina Inspiradora y constancia para tributarle culto puro, esta llama sagrada que abrasa pero que inmortaliza.

—Tus palabras, Maestro, son estimuladoras y animarán sin duda a una lucida miriada de jóvenes centroamericanos más venturosos que yo, porque llevan unguidas las frentes con el óleo criador que consagra de único derecho divino a los verdaderos reyes, los genios. Sábelo, al venir hoy hasta vos he querido tan sólo regar unas flores de mi tierra en el suelo de esta habitación mortuoria el día de vuestra gloriosa coronación. Deseé ver representada a la patria de Larreinaga en vuestro celebrado aniversario y me he atrevido

—Acepto agradecido, sensible joven, tu concurrencia a mis honras póstumas a nombre de aquel "hechicero Jardín de Mahoma", según el canto de Iribarren.

VI

¡NICARAGUA, región encantada de mis inocencias, de mis recuerdos, de mis amores, de mis sueños y de mis esperanzas! Tu cielo es más hermoso que el de Nápoles, tus montañas son más bellas que las de Suiza, las riberas de tu San Juan son un panorama maravilloso y rico, tu gran lago es el más hermoso del planeta, pues que no muere jamás petrificado por el frío; tus campos son regios mantos ufanos de su verdura perenne y bordados prodigiosamente por multicolor y multiforme florescencia; y en tu tierra milagrosa se yerguen gigantes terroríficos de piedra y fuego, el Madera y el Omelepe contemplados por Félix Medina, el Mombacho saludado por Juan Iribarren, el Masaya, Vesubio Americano, mistificado por los cronistas españoles y el Momotombo, rebel-

de de montaña, aplaudido por Víctor Hugo en la ciclópea "LEYENDA DE LOS SIGLOS".

Tierra mía, en tu suelo privilegiado crecen las rosas fragantísimas de la poesía, las enredaderas fantásticas de la novela y también el ciprés radiante de la historia.

En otros tiempos las han cortado con mano primorosa Zamora, Mayorga, Zapata, Jerónimo Pérez y cien jardineros del edén literario. Al presente córtanlas hábiles e inspirados, Antonino Aragón, Carmen Díaz, Rubén Darío, Felipe Ibarra, Félix Medina, Cesario Salinas, Ramón Mayorga R., Tomás Ayón y en fin una tribu levítica completa que oficia en las ceremonias santas de las Letras.

¡Que no puedo yo, Salomé Jil, coger con mi torpe mano esas edénicas flores de los ramajes encumbrados de la gloria, para prenderlas alegre en vuestra fúnebre corona!

VII

En esa mi idolatrada Patria, en la base Oriental de un volcán espantoso que yace rendido después de haber vomitado una inmensidad de fundida roca en Marzo de 1772, al borde de una riente laguna, hay un valle fértil con su palio de nubes siempre magnífico, con sus dádivas agrícolas inagotables, las blancas YUCAS, el aromático tabaco, los frutales preñados de azúcar, con sus pájaros que parecen "flores que cantan y sus flores aves que huelen"; y en ese valle, vecina del poético Nindirí, resio de una gran población de los Caciques y que ahora es bosquecito de palmeras habitado por los indios, se reclina indolente mi MASAYA. Es una India galana, clara la inteligencia, el pecho noble y el corazón de llamas, dotado por Dios de nobles aptitudes para las Bellas Artes. La amo con todo mi corazón porque es mi MADRE-PUEBLO.

Pues bien, ya que no me es dado traer a la tumba de Pepe Milla ofrenda descendida de las elevaciones del arte, séame permitido tomar del suelo de mi pueblo y esparcir humildemente en derredor de ella, estas rosas rojas y blancas, estas dalias de todos colores, estas mosquetas, miniaturas y jazmines y lirios y azucenas, cogidas en sus jardines; esta palma, estos azahares y estas fragantes VAINILLAS, MAYITAS, XACUANJOS Y ESENCIAS cogidos en sus huertas, tan lozanos como sabrosos, tan frescos como gratos, tan pobres como sencillos, tan encantados por la naturaleza como por mi entrañable afecto, entre los cuales ví deslizarse mi infancia y mi adolescencia, a su arrullo y al del santo hogar. El rústico pastor sólo ofrece un ramo silvestre sin arte combinado!